

UNA NUEVA PROBLEMATICA ORIENTAL EN TORNO AL GOLFO PERSICO

Durante las primeras semanas del corriente 1971, el Océano Indico comenzó a desempeñar un nuevo (y en parte inesperado) papel de eje, respecto a casi todas las cuestiones planteadas en las diversas zonas de lo que se ha dado en denominar «el Este de Suez». Primero destacaron las manifestaciones de recelo y protesta que varios jóvenes Estados del Africa negra ecuatorial y del Este, hicieron al saber que Gran Bretaña vende armas a los gobernantes de la Unión Sudafricana. Después siguieron los efectos de la Conferencia de Singapur, para la revisión del sistema de la Commonwealth británica de naciones. Lo uno y lo otro fueron muestras de una evidente oposición que aquellos países del «Tercer Mundo» emplazados entre el Mar Rojo y Singapur, manifiestan a que las grandes potencias navales conviertan el Indico en un sector de tensiones, y en una extensión abierta para el establecimiento de bases.

Dichos países del Indico creen que los compromisos existentes entre muchos de ellos, y Londres o Washington, no contribuyen a la protección de los afro-asiáticos ribereños, sino que (por el contrario) atraen hacia ellos varios focos de peligro; uno de los cuales puede ser la amenaza de una neocolonización.

Realmente el criterio y las acciones del primer ministro británico, Edwar Heath, se basan en el creciente aumento de la presencia de unidades navales soviéticas (tanto militares como mercantes y pesqueras) en varios puntos del Indico. Se trata de una presencia que indudablemente tenderá a aumentar si vuelve a utilizarse para el tráfico el canal de Suez. Parece ser que Heath desearía disponer allí de algunos puntos de apoyo, en nuevas bases británicas flexibles; utilizando sobre todo algunos puntos donde antes de la segunda guerra mundial ondeaba el pabellón del Reino Unido. El apoyo al gobierno de Pretoria para que refuerze su armamento, tiene por objetivo la utilización común de la base de Simonstowu. De tal modo los dirigentes *boers* de la Unión

Sudafricana vuelven a actuar coordinadamente con su anterior metrópoli. Aunque en contrapartida esto ha aumentado el despego que varios actuales participantes afro-asiáticos en el sistema de las amistades anglo-sajonas, venían sintiendo ante la simultaneidad entre dichas amistades y lo que los afro asiáticos califican de supervivencias racistas.

De todas maneras es evidente que en los meses sucesivos hasta el actual, las tendencias neutralistas de varios de los aún casi consocios y aliados de Londres y Washington al Este de Suez, tienden a ir aumentando. Y lo más significativo respecto a la actualidad internacional general, es que las cuestiones del que los anglosajones llaman «Oriente Medio» centrado en torno a las de Palestina, tienden a juntarse con las del Asia Sudeste donde están el Vietnam y Cambodge.

Entre las unas y las otras, un sector geográfico de excepcional interés tiende ahora a ser el que componen la mitad Oeste de la república del Pakistán, junto con el reino del Afganistán, que forma una región natural complementaria, contigua y en cierto modo constituye su hinterland.

Pakistán con sus ciento siete millones de habitantes es respecto a la población la quinta nación del mundo. Además constituye el más importante Estado entre el conjunto de países de civilización islámica y (junto con Afganistán) constituye también la máxima encrucijada geopolítica y estratégica de Asia entera. Sin ese extraño y paradójico ver que en la prensa de varios sitios de Europa occidental, la existencia del Pakistán casi sólo se refleja en momentos de crisis o de catástrofes como la del tifón y las inundaciones de noviembre de 1970. Sin embargo, el nacimiento o la creación del Estado y el país pakistanos en 1947, fue el episodio más destacado en la liquidación de lo que había sido el gran imperio de la India (o de las Indias orientales) desde los fabulosos soberanos grandes mongoles de Delhi hasta la liquidación de la ocupación inglesa. La creación del Pakistán como nueva nación fraccionada confesional representó una sensacional novedad, y tuvo muchas repercusiones.

Una de ellas fue la de que como antes de la partición de la anterior India colonial británica, los partidarios de un Estado musulmán separado habían servido a los virreyes ingleses como contrapeso moderado a las mayores pugnas anti-coloniales de los unionistas que seguían a Gandhi y a Nehru, la república pakistana o pakistani se formó con unas tendencias más occidentales y pro-inglesas, que las de la república de la Unión India o «Bharat». Ambos países, después de la partición formaron igualmente parte de la Common-

wealth, como miembros voluntarios. Pero mientras la India de Nehru fue neutralista y no alineada desde los primeros momentos. Pakistán no vaciló en actuar como miembro de sistemas de coordinaciones político-militares, creadas por los anglosajones. Así Pakistán fue en 1955 miembro del pacto de Bagdad; miembro de la CENTO desde 1959 (con Gran Bretaña, Turquía e Irán, aparte ciertas conexiones norteamericanas); y desde 1954 miembro de la SEATO para el Asia Sudeste (junto con Norteamérica, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Gran Bretaña, Filipinas y Tailandia).

Sin embargo, desde 1967, el «anglosajonismo» de los dirigentes pakistanos comenzó a enfriarse bastante; por varias causas coincidentes, aunque no necesariamente relacionadas. Una de ellas fue el resultado de la guerra palestinesa «de los seis días», que fue catastrófica para los árabes palestinos, además de originar otros perjuicios a la RAU y a Siria. Los gobernantes del Pakistán (lo mismo que sus aliados locales orientales, los de Persia y Turquía) aunque conservan con los países de lengua árabe el vínculo moral y cultural de que en todos o casi todos predominan los usos religiosos del Islam, tienen también motivos para no ayudar a los árabes (o arabizados) directamente. No obstante se mostraron solidarios con los árabes en todos los sentidos no bélicos; por estimar que la justicia y la razón corresponden a ciertos árabes (sobre todo a los de Palestina). Entre uno y otro extremo el apoyo pakistano a los árabes ha tenido como sitio clave desde entonces el de las reuniones de la ONU donde Pakistán vota siempre por un arreglo pacífico. Aunque al ver luego que las decisiones comunitarias para Israel que la ONU ha tomado desde noviembre de 1967 hasta noviembre de 1970 no se han cumplido gracias a la presión que los sionistas de los Estados Unidos ejercen sobre la Casa Blanca de Washington, los dirigentes pakistanos no creen ya en la equidad norteamericana.

Otro motivo de decepción fue el escaso éxito que el anterior presidente de la república pakistana, general Ayub Jan (el cual gobernó desde octubre de 1958 hasta marzo de 1969) tuvo que ir a Washington para pedir que los vínculos oficiales existentes por los lazos de la CENTO y la SEATO, se tradujesen en ayudas materiales, para obras de planificaciones económicas, mejoras sociales, eficacia de su acción islámica exterior, y sobre todo armamento defensivo. Pero para los gobernantes estadounidenses el sonido del nombre «India», ha hecho que con frecuencia crean que la India es sólo la nación que

tiene por capital actual a Nueva Delhi; y consideren al Pakistán como «un apéndice», a pesar de sus ciento siete millones de habitantes.

Por último la decepción se hizo disgusto y a veces hasta protesta cuando en ocasión de la breve guerra indo-pakistana de 1965, la paz se obtuvo por mediación de la ONU, pero fue firmada en la ciudad asiático-soviética de Tachkent. Esto hizo que la amistad de la URSS comenzase a ser considerada como más práctica y accesible que las de las demás potencias.

Otro factor que apoyó y sigue apoyando tal opinión, es el de las infiltraciones de la China de Mao Tse-tung, hacia los dos territorios de Bengala Occidental y Bengala Oriental, que respectivamente forman parte de la república de la Unión India y la república pakistana. Cuando en marzo de 1969 el presidente Ayub Jan tuvo que abandonar el poder después de una multiplicidad de disturbios sociales, el mayor foco de la disensión fue Bengala pakistana donde el mayor partido político de la oposición es el separatista pro-chino.

El general Mohammed Yahya Jan, que desde abril de 1969 ocupa a la vez en Pakistán los puestos de jefe de Estado y jefe del Ejército; ha venido siendo en cierto modo un mantenedor de los principios generales de orden interno estricto, justicia social general, nacionalismo defensivo interior, islamismo estatal en lo exterior. Dichos principios habían sido bases previas de los comienzos del período de Ayub Jan pero luego se desgastaron y estropearon. Mohammed Yahya Jan volvió a empezar con nueva autoridad y un sentido más flexible que su predecesor.

Ni el uno ni el otro son parientes, a pesar de la coincidencia de usar la palabra «Jan» (que no es un apellido, sino una especie de título). Pero ambos pertenecen a la misma raza y el mismo pueblo; o sea, el de los pathanes o afganes o que viven repartidos entre la provincia de Peshawer en Pakistán occidental; las tribus fronterizas que son pakistanas aunque con cierto régimen local, y, por último, los dos tercios de los habitantes de la otra nación vecina que lleva oficialmente el nombre de «Reino del Afghanistan».

Los pathanes son desde siempre conocidos y famosos como gentes duras, altivas y guerreras. Los virreyes británicos de la India reclutaban entre ellos gran parte de la oficialidad de sus tropas locales coloniales. Así Ayub Jan estudió en la Academia inglesa de Sanderheast; y Yahya Jan lo hizo en la Facultad militar de Lahore en el Penyab, donde el primer título que recibió fue el de «cadete militar de S. M. el Rey del Reino Unido». Al convertirse

Pakistán en un nuevo e inesperado Estado independiente, todos los mandos castrenses regionales pasaron a depender del nuevo país. Pero después de morir el fundador de aquella nación, Mohammed Ali Yinnah, el país fue entrando poco a poco en un confusionismo de desorganización y rencillas entre pequeños políticos civiles; hasta que el ejército se impuso y tomó el poder para iniciar una obra más planificadora que partidista.

Uno de los inconvenientes de la confusión de los primeros gobernantes que sucedieron a Yinnah fue la de que heredaron muchos de los problemas del período colonial inglés, pero no heredaron sus capacidades. Eso pasó sobre todo con la enrevesada cuestión de la famosa «frontera Noroeste»; es decir, aquella donde se abre y se alza el famoso desfiladero alto del paso Jaiber («*Khyber Pass*»). Puerto montañoso rodeado por tribus guerrilleras; que ha figurado en tantas novelas y tantas películas.

Como la ganadería trashumante es el medio natural de vida de numerosas poblaciones de raza pathana, estas bajan sus rebaños en invierno hacia el valle del Indo, y en verano los suben hacia las cordilleras del Hindukuch. Cuando Inglaterra conquistó el semicontinente indostánico, quiso conquistar también las partes altas del Afganistán, pero tuvo que desistir y dejar que allí se formase un reino independiente. Como detrás de ese reino se iba acercando la expansión de la Rusia de los Zares cuando fué extendiéndose por el Turkestán, los británicos dejaron entre el reino y la zona del Indo (unida esta a la India Virreinal) una ancha faja como «tierra de nadie» o glacis neutro, donde vivían las tribus libres guerreras. Aquella fue la citada «frontera Noroeste»; designada también localmente con el nombre de «Puchtuistán». Al crearse la nación del Pakistán las tribus de la zona libre accedieron a depender de él pero con una gran autonomía de hecho. En 1955 ante un proyecto pakistano de que la zona libre se incorporase a las demás partes del Pakistán con administración central, el reino del Afganistán rompió las relaciones con la república pakistana e incluso se temió una guerra entre ambos. Alguien propuso hacer de la ex-zona libre un tercer Estado separado al lado de los de Kabul y Karachi. Por fin, y por mediación conjunta de Egipto, Iraq, Turquía y Arabia Saudita, los de Kabul aceptaron que las tribus quedasen dentro de la frontera pakistana, mientras que Karachi aceptaba que las tribus conservasen un estatuto semi-autónomo. De todos modos, la amistad y cooperación constante de los dos Estados de Afganistán y Pakistán

sólo fue continua desde mayo de 1963, en virtud de otra mediación del Shah del Irán.

Desde entonces, la mayor preocupación fue que Kabul y Karachi no sólo se enlazasen estrechamente por las comunicaciones, sino que, en cierto modo, formasen un bloque geopolítico regional, interiormente complementario. En junio de 1966 fue firmado un acuerdo para construir un primer ferrocarril común. Poco antes se habían establecido los enlaces telefónicos y de rutas de aviones. Y el puerto de Karachi pasó a ser la puerta del Reino de Afganistán; la antigua «Suiza de Asia» que hasta entonces había vivido de espaldas a lo marítimo.

Ahora, desde fines del pasado 1970, se ha puesto en funcionamiento un enlace más completo que tiene ya carácter continental; y cuya construcción tiende a levantar remolinos de pronósticos políticos en vista de las nuevas presiones de las potencias en torno al Océano Índico. Se trata de una gran autopista que va desde la frontera de la república soviética del Turkmenistán hasta el paso Jiber. Desde allí enlaza con Pakistán Occidental. Los dos Estados que tienen por capitales a Kabul y Rawalpindi quedan más protegidos mutuamente por el apretamiento de comunicaciones. Pero al mismo tiempo la URSS abre su salida más cómoda y utilizable hacia las aguas meridionales.

Sobre las posibilidades de utilización de la nueva autopista se han hecho diversas conjeturas, pues como los soviéticos la han hecho con sus técnicos pueden utilizarla ampliamente. Los comentarios más tranquilos se refieren sólo a que ahora el puerto de Karachi podrá servir de base a las flotillas pesqueras rusas que actúan alrededor de la isla Mauricio. Y los comentarios más alarmistas son los de que el Kremlin busque poder usar un punto de flanco para aproximarse a las zonas del Golfo Pérsico. Es decir, a las de los Estados petrolíferos mayores del Oriente; zonas donde ahora Inglaterra tiene bases cuya evacuación ha anunciado varias veces.

Sabido es que la presencia británica en aquel Golfo (al cual, por cierto, las gentes de lengua árabe llaman «Golfo Árabe») tuvo por origen el que podía llegar a ser un acceso directo desde el Mediterráneo hacia la India, que era entonces la clave y el principal resultado de la expansión colonial y naval mundial de Londres. Las reacciones desfavorables producidas en Arabia después de 1876 por la subida al trono del imperio turco del despótico Sultán Abdul Hamid II, dió a los ingleses ocasión para convertir al pequeño Sultanato de Omán-Mascate, y a otros cheijatos contiguos del lado Sur del Golfo,

en unos «aliados internos» de Inglaterra; lo cual inició una forma indirecta de protectorado. Eso fue el año 1891. El año siguiente las islas Bahrein hicieron lo mismo, y el año 1899 los ingleses pusieron una base en Kuwait. En 1914, con la guerra mundial, sus estaciones navales del golfo sirvieron a Inglaterra para ocupar Iraq quitándoselo al Imperio turco. Eso ayudó después a la instalación inglesa en los dos lados del Jordán; así como para la posterior conquista de lo que fue el protectorado exterior de Aden (hoy llamado «Yemen del Sur»).

Las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial hicieron que desde 1948 hasta 1967, Gran Bretaña fuese evacuando sus antiguas posesiones y zonas de influencia en el Oriente árabe y arabizado. Así tuvo que irse de Egipto, el Sudán, Iraq, Palestina y Jordania, las zonas de Adén, etc. Sólo conservó las posesiones del Golfo (aparte Kuwait que pasó a ser independiente en 1961). En 1968 los gobernantes laboristas que ocupaban el poder en el Reino Unido y que ya habían evacuado atropelladamente el Yemen del Sur, pensaron ir haciendo lo mismo en el Golfo Pérsico; pero no sin asegurarse la futura colaboración de los gobernantes árabes que dejasen allí, así como la continuación de la explotación de sus petróleos y el control sobre los aeropuertos. Con Omán ya contaban gracias a la anglofilia total de su reyezuelo el Sultán Said Ibn Taimur. Y a los demás Estadillos minúsculos les convencieron para que en febrero (1968) firmasen un acuerdo llamado de Dubai, por el cual formarían una federación con un consejo ejecutivo central; federación cuya presidencia sería erigir por turno por cada jefecillo o chej. En teoría el acuerdo de Dubai sigue vigente para los nueve «emiratos» de Bahrein, Qatar, Abu Dhabi, Ras el Jaima, Um el Quai, Aggman, Dubai, Fuyeira y Charya. Pero la última reunión plenaria que tuvo lugar en octubre de 1970 terminó en el desacuerdo más completo; porque los distintos jefecillos feudales se odian y hacen la competencia unos a otros.

En realidad el factor más sólido que puede quedar allí, si en Gran Bretaña los gobernantes conservadores sostienen y cumplen la decisión que tomaron los laboristas de dejar el Golfo Pérsico antes de 1972, parece ser el de Persia o el Irán. Como Persia o Irán y la Arabia Saudita son los dos Estados más importantes, más extensos y más serios entre los que se asoman al Golfo, la buena amistad existente entre ambos parece una garantía prometedora. Así tanto el Chad Mohammed Riza como el rey Faysal Ibn Abdulaziz han expresado recientemente su colaboración o en varias ocasiones. Y en la misma

participa también el pequeño Kuwait. Con el deseo común de que en el Golfo no crezcan las presiones extranjeras, actuales, ni surjan presencias nuevas.

Sin embargo, el Irán tiene además otras perspectivas regionales generales, y varias reivindicaciones territoriales concretas. Hasta hace poco tiempo la principal fue sobre el archipiélago y el sultanato de Bahrein; pues los gobernantes de Teherán recordaban que las islas habían sido persas en otros siglos, luego portuguesas, después turcas y, por último, inglesas; reclamando que Gran Bretaña se las entregase en caso de evacuación. A comienzos de 1970, el Shah hizo saber a Londres que de hecho Irán renunciará a sus posiciones sobre Bahrein; pero que a cambio es absolutamente indispensable que pasen bajo soberanía persa los dos islotes de Abu Mussa y Tumb que se encuentran precisamente en medio de la entrada del golfo.

Desde luego, en Teherán no se accedería a reconocer «de jure» la federación del pacto del acuerdo de Dubai, si no se entregan a Persia los dos islotes que son la llave estratégica de la vigilancia y el acceso marítimo. Esa reclamación persa sería total e indispensable en el caso de que los ingleses dejaran del todo las costas de Arabia. Aunque por el momento los iraníes siguen cooperando con Londres y Washington en el marco de los acuerdos de la CENTO. Así unidades navales de las flotas de guerra iraníes, estadounidenses y británica celebraron maniobras en el golfo de Omán en noviembre del año pasado.

En cuanto a la Gran Bretaña, es evidente que se encuentra actualmente atascada entre varias contradicciones. Por una parte sus anteriores declaraciones y compromisos sobre la evacuación de sus bases dentro del Golfo y en el antiguo territorio de Omán y Mascate, tienden a ser descuidadas o no-cumplidas si se confirman las orientaciones de los actuales gobernantes conservadores de Londres. También hay la contradicción más local, de que si en todo caso Gran Bretaña quiere conservar como zona litoral un apoyo en la federación de Dubai, pero como sus jeques no quieren colaborar entre sí habrá que imponerles otra solución por fuerza. En todo caso ni Persia ni Arabia Saudita (y en otros sentidos, ni Iraq, ni el Yemen, ni Kuwait, etc.) están dispuestos a consentir, de ningún modo, que Inglaterra no cumpla sus compromisos de marcharse en el curso de este mismo año 1971.

La objeción de que la URSS pudiese meterse en el sitio de los británicos, se hace desde varios centros políticos anglosajones, pero carece de todo valor para los gobernantes de los Estados «serios» del Golfo; y en cierto modo de

sus amigos los turcos, los pakistanos y los afganes. En Irán y Saudia, por ejemplo, se considera que si los ingleses se obstinan en mantener una fuerza militar (a pesar de haber anunciado su retirada) el disgusto general que esto produce en el pueblo de sus respectivos países, podría dar origen a disturbios subversivos. Y que sólo puede impedirse si los gobiernos locales de Teherán y Riyad aseguran sus mandos en el territorio. En cuanto al binomio de Afganistán con Pakistán; allí se considera que el único peligro inmediato posible es el de la China de Mao Tse-tung, que linda con ellos muy directamente.

Volviendo al Golfo Pérsico, una realidad totalmente diferente de la política-mundial y de la islámico-regional ha sido la económica de que aquello fue entre enero y febrero, el centro de las discusiones y el epicentro de las conmociones referentes a las negociaciones, que tuvieron lugar en Teherán entre los representantes de la OPEP. Organización de Países Exportadores de Petróleo y los representantes de las compañías explotadoras y distribuidoras mundiales que son generalmente estadounidenses y europeo-occidentales. Iniciadas las conversaciones en la capital iraní el 12 de enero y después de muchas incidencias, incluso alguna pausa de ruptura, las cuestiones polémicas entre productores y explotadores referentes sobre todo al aumento de las cuotas para los primeros, se referían al total de los países miembros de la OPEP que incluye junto con los del Norte de África y Próximo Oriente a Venezuela e Indonesia. Pero los puntos claves llegaron a ser precisamente los de los Estados del Golfo.

El acuerdo firmado en Teherán el domingo, 14 de febrero, y por el cual se consideraron resueltos los pleitos de las ventas y los precios hasta 1975 fue sobre todo entre los representantes de las compañías, y seis Estados del Golfo (Irán, Kuwait, Arabia Saudita, Qatar y Abu Dhabi). Como éstos representaban al núcleo total de los mayores yacimientos y las mayores instalaciones, su acción, sirve ahora y podrá servir cada vez más de pauta a todos los países OPEP. A las cuales ha solicitado agregarse Egipto en vista del auge de los yacimientos que va descubriendo en sus desiertos.

Entretanto, otra cuestión hasta ahora casi ajena a la del Golfo Pérsico ha venido a confluir con ella, gracias a las nuevas e inesperadas proposiciones y posibilidades de que vuelva a abrirse el Canal de Suez; cerrado desde la guerra de junio de 1967, y convertido en un frente guerrero de los egipcios contra israelíes, donde las sucesivas prórrogas del «alto el fuego» no han llevado aún a una solución. Los países petrolíferos del Golfo, las compañías concesio-

narias, y los consumidores (que son en mayoría los países de Europa Occidental) necesitan juntamente que la ruta de Suez vuelva a abrirse en seguida, pues el seguir teniendo que llevar a Europa los petróleos dando la vuelta por El Cabo, es cada vez más caro y casi ruinoso. La propuesta que el presidente de la República de la RAU, Anuar El Sadat hizo, el 4 de febrero, de que se volviese a abrir el Canal de Suez (dando para ello la RAU las máximas facilidades en la nueva prórroga del «alto el fuego» hasta el 5 de marzo) fue una carta diplomática bien jugada, donde el interés de El Cairo ha venido a coincidir con el mundial.

Si el «alto el fuego» llevase, por fin, a un comienzo de gestión de paz entre El Cairo y Tel Aviv, a través del representante del secretario general de la ONU, la reparación y puesta en funcionamiento de la vía marítima de Suez a Port Said exigirán trabajar durante seis meses. En un plazo mayor de quince meses, el canal podrá ser ensanchado y profundizado para el paso de buques petrolíferos de hasta 25.000 toneladas.

A última hora parece ser que uno de los posibles efectos de la evolución en el Oriente Cercano, que oscila entre sus dos polos regionales del Canal y el Golfo Pérsico, sea el de una reinstalación (o mejor dicho una ampliación) de la presencia y las relaciones político-diplomáticas de Norteamérica; relaciones bastante deterioradas por los anteriores apoyos totales a los gobernantes más intransigentes de Tel Aviv. La mayor y mejor conexión de los Estados árabes con Washington, tendría como base indispensable el restablecimiento de relaciones con la RAU. Restablecimiento al cual han tenido también varias visitas caracterizadas como la del ministro español don Gregorio López Bravo, y la del presidente Tito de Yugoslavia.

RODOLFO GIL BENUMEYA.